Así, en nuestra opinión, el anhelo de buscar las vías de penetración de la influencia italiana desvían a Urquízar de las grandes posibilidades que le ofrecen, tanto su acertada aproximación a las "cortes [señoriales] en miniatura", como las peculiaridades del caso andaluz. De este modo, aunque el autor asume y subraya la diferencia que separa, por un lado, el hecho de que parte de los objetos contenidos en las escenografías nobiliarias fuesen en sí mismos italianizantes y, por otro, sus usos, motivaciones y significados, su deseo de trazar vínculos con los modelos ya definidos rebaja la condición de las tradiciones propias –castellana y andaluza– a la categoría de pervivencias locales.

Por último, por lo que respecta a los repertorios de objetos que el autor utiliza –con especial mención a los pertenecientes a las casas de Medina Sidonia y Alcalá– son sin duda de gran valor y acaso la parte más interesante del libro. De hecho, el análisis de algunos de los inventarios que se nos ofrecen se mueven en un marco conceptual mucho más amplio y fértil que el que se nos anuncia en el capítulo segundo.

En resumen, se trata de una interesante incursión en un campo poco trabajado y que aún ofrece enormes posibilidades.

Luis Salas Almela

VERMEIR, René: *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes (1629-1648)*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2006, ISBN 84-7801-830-1, 391 pp.; ilustraciones, anexos, tablas, gráficos, bibliografía e índice de nombres.

Este estudio es la versión española de una monografía basada en la tesis doctoral del autor (Universidad de Gante, 2000) y publicada en neerlandés en Maastricht en el año 2001, que no ha sido actualizada para su edición en España. Abarca una cronología crucial en la historia de las provincias obedientes y rebeldes de los Países Bajos: las décadas de 1630 y 1640, hasta la conclusión de la paz que sancionó el reconocimiento de estas últimas como estado soberano por parte de Felipe IV en 1648.

Vermeir advierte que el propósito del libro es comprender los motivos que llevaron al monarca a reanudar la guerra contra las Provincias Unidas tras la expiración de la Tregua de los Doce Años (1609-1621), intensificándola y prosiguiéndola con tenacidad pese a las crecientes pérdidas territoriales acumuladas a partir de 1629. Unas pérdidas que le obligarían a poner fin a un prolongado y costoso conflicto del modo más humillante, veinte años después, en Münster. Por tanto, se trata de explicar cómo y por qué Felipe IV perdió la última etapa de la llamada Guerra de los Ochenta Años (1568-1648). Eso justifica la elección de 1629 como punto de parti-

da del estudio, pues fue éste un verdadero *annus horribilis*, jalonado por la dramática perdida de Bois-le-Duc, en claro contraste con los años precedentes de esta última etapa (1621-1628), jalonados con la magnificada toma de Breda en 1625. Es precisamente ese contraste lo que, a juicio del autor, convierte a 1629 en año bisagra, intercalado entre dos realidades bélicas contrapuestas: la del "quizá sea posible" y la del "nada es posible", como vendrían a demostrar los términos en los que, para España, incapaz de recuperar el terreno perdido y la iniciativa militar en años posteriores, se concluyó la Paz de Münster.

Así, es el balance final de esta negociación el que lleva a Vermeir a preguntarse si las ambiciones políticas que se ocultaban tras la decisión de reanudar la guerra, tomada por el entorno ministerial de Felipe IV en 1621, eran o no realistas y, sobre todo, si lo fue la determinación de continuarla después de 1629, cuando los acontecimientos parecían dar la razón a quienes apostaban ya por suspender la guerra y negociar la paz; o, más aún, tras el inicio de la guerra contra Francia en 1635. Por eso, la percepción –necesariamente distorsionada–, que ese entorno ministerial tuvo de la evolución del conflicto de los Países Bajos resulta prioritaria para el autor, interesado no sólo por los responsables de la toma de decisiones y de la elaboración de una política beligerante lejos de las provincias obedientes, sino también por los responsables de su aplicación, es decir, de la ejecución de las decisiones en el campo de batalla y en el interior de las provincias. Eso le lleva a prestar atención a cómo se gobernaban el ejército y el territorio y, particularmente, a quiénes los gobernaron, identificando el entorno ministerial de los lugartenientes de Felipe IV. Un entorno integrado por una élite foránea, que simbolizaba su carácter de territorio "dependiente", y una élite nativa que cooperaba con ella.

El estudio se articula en cinco capítulos que analizan cronologías sucesivas, seguidos de un epígrafe final a modo de conclusión.

El primer capítulo, "El régimen se tambalea", recrea la crisis sobrevenida en Flandes tras los éxitos militares cosechados por las Provincias Unidas en la campaña de 1629. Tales éxitos pusieron en jaque al equipo de gobierno que respaldaba la lugartenencia de la infanta Isabel, porque la gran nobleza, marginada de la alta administración, aprovechó la debacle defensiva para plantear reivindicaciones políticas concretas. Que su particular insatisfacción no la compartían otros colectivos, lo confirman la favorable respuesta fiscal de los diferentes Estados Provinciales después de 1621 y el sentir manifestado por sus diputados en el contexto de la negociación de la Unión de Armas (1627). De hecho, las provincias todavía compartían el punto de vista de Felipe IV sobre cómo se debía hacer frente a las Provincias Unidas y, en 1629, ni siquiera solicitaron el cese de la guerra. Tan sólo mejoras en su organización que aseguraran el rendimiento del ejército. Las mejoras se tradujeron en renovación del equipo de gobierno y de la cúpula militar, junto con algunas medidas de conciliación que lograron mitigar, pero no erradicar, el descontento nobiliario. Así, el restablecimiento del control político logrado en el devenir de los dos años siguientes (1630-1631) resultó ser más aparente que real.

El segundo capítulo, "De la crisis a la consolidación", describe los nuevos fracasos defensivos acumulados durantes las campañas de 1631 y 1632 y la grave conmoción interior creada por la deshonrosa pérdida de Maastricht. La incompetencia militar generó gran inquietud, justificada por la creciente amenaza francesa y sueca, y la nobleza volvió a poner en jaque al gobierno de Bruselas. La traición del conde Henri de Bergh, con devastadores efectos desde el punto de vista militar, apenas tuvo repercusiones políticas. La de otro grupo de altos nobles conjurados pudo tenerlas, pero la conspiración abortó por sí sola y tampoco la arremetida panfletaria de la República tuvo éxito en su llamamiento a la sublevación general. Aun así, las provincias apostaron por negociar en serio una nueva suspensión de hostilidades y forzaron la convocatoria de Estados Generales para controlar las negociaciones. La frustración de sus expectativas por parte de la República conllevó la disolución de la asamblea en el verano de 1634. Para entonces, Isabel había fallecido y se esperaba ansiosamente la llegada de su sucesor, el cardenal-infante don Fernando, con el revoltoso duque de Arschot detenido en Madrid bajo acusación de lesa majestad y con un hombre fuerte de Olivares, el jurista Pierre Roose, en la presidencia del Consejo Privado de Bruselas.

El tercer capítulo, "El todo por el todo", es el más extenso y aborda los años 1635-1641. Arranca con un perfil del nuevo gobernador de sangre real y con la reconstrucción de su pasaje a Flandes, anunciado en 1630 y postergado hasta 1634 por conveniencias, a la vez que por contratiempos, de naturaleza política. A su llegada, ya se había restablecido la normalidad institucional, pero el estallido de la guerra abierta con Francia generó nuevos desafíos bélicos que Felipe IV y don Fernando se aventuraron a asumir con todas sus consecuencias. Así, la evolución de la doble contienda acapara la atención de Vermeir en primer lugar.

El autor muestra los problemas que conllevaba la dirección de la guerra a distancia y los frecuentes desencuentros surgidos entre el entorno del monarca y el de su lugarteniente por la elaboración y la ejecución de la estrategia militar en los dos frentes. Para ello, comenta los hechos de armas más relevantes de cada campaña, detallando las circunstancias exteriores que influyeron en ellos hasta condicionarlos casi por completo (situación del Imperio, prioridades del emperador, intervención de Suecia en la Guerra de los Treinta Años, actitud de Francia, alianzas de Inglaterra o Lorena...). A su modo de ver, el balance de las operaciones comenzó a ser claramente negativo en 1637, cuando las ganancias territoriales no pudieron compensar las pérdidas y se rindió Breda. A partir de entonces, la lucha en los dos frentes careció de perspectivas, pero fueron las rebeliones de Portugal y Cataluña las que forzaron a Madrid a apostar definitivamente por la paz con las Provincias Unidas. Una apuesta avalada por la negativa campaña de 1641, que puso en manos francesas una parte significativa de la provincia de Artois poco antes del fallecimiento del Cardenal-Infante. Vermeir también dedica atención a la cúpula militar que campeó bajo las órdenes de don Fernando, refiriendo las sucesivas mudanzas operadas en los cargos superiores de la jerarquía militar durante este período y atribuyendo, a sus disfunciones estructurales (incompetencia individual de algunos de sus miembros, cons-

tantes disensiones internas, rivalidad e insubordinación de los principales cabos militares...), un papel nefasto en el devenir de las operaciones bélicas. Disfunciones agravadas por la existencia de dos altos mandos –uno campeando contra Francia y otro contra la República–, y por "la falta de cabezas". Una falta justificable por la multitud de frentes abiertos, que mermaba la disponibilidad de cabos experimentados, pero propiciada también por la caprichosa determinación de Olivares de gestionar el personal militar con completa flexibilidad, institucionalizando un sistema de mando temporal que provocaba falta de continuidad en el ejercicio de buena parte de los cargos superiores del ejército y favorecía la desmotivación y la negligencia de los oficiales. Flexibilidad de la que, a la postre, no se hacía uso, pues Madrid no fue capaz de deponer a quienes habían ocupado altos cargos militares pese a contrastar su incompetencia. Y no lo fue, porque pocos nobles españoles se mostraron dispuestos a jugarse su reputación en una guerra que padecía una financiación deficitaria (pp. 200-206). El funcionamiento de la justicia militar y la pugna entre tribunales militares y civiles por la represión de la indisciplina de las tropas y por el castigo de oficiales supuestamente responsables de la rendición de determinadas plazas también recibe la atención del autor justo antes de abordar cuestiones relativas a la administración política del territorio.

En este ámbito, Vermeir examina el contenido de las instrucciones de gobierno del Cardenal-Infante para luego reflexionar sobre la limitaciones del esfuerzo centralizador de Madrid –empeñado en aumentar el control del soberano sobre el territorio tras la lugartenencia de la infanta Isabel–, y la estabilidad del gobierno. Una estabilidad avalada por el respeto a la autonomía provincial y local; por la concertación fiscal con los Estados Provinciales, que cooperaron intensamente durante todo el período; y por la marginación definitiva de la gran nobleza de la alta administración, lograda con la complicidad interesada del presidente del Consejo Privado Pierre Roose, convertido en figura clave del sistema político provincial como consecuencia de la concentración estructural de poder que le otorgaban las instrucciones de don Fernando. El capítulo se cierra con un repaso a los desencuentros vividos entre Bruselas y Roma a propósito de la admisión de los titulares de la nunciatura y la obtención de los indultos papeles necesarios para el ejercicio normalizado del patronato eclesiástico.

Los capítulos cuarto, "Don Francisco de Melo, el remedio de todo", y quinto, "Sálvese lo que se pueda", se centran en las gobernaciones ordinarias e interinas de los dos inmediatos sucesores del Cardenal-Infante, reconstruyendo de manera mucho menos pormenorizada la última ofensiva contra Francia comandada por Melo en 1642, los fracasos militares de 1643, los proyectos para la complicada sucesión de don Fernando, los problemas de Pierre Roose para mantener su margen de maniobra tras la caída de Olivares, la complicada gestión del marqués de Castel Rodrigo y la fase final de la guerra contra las Provincias Unidas hasta 1646, con un breve balance de los acuerdos de Münster.

Sin duda, el libro pone más énfasis en averiguar por qué la Monarquía de Felipe IV perdió la guerra contra las Provincias Unidas que en descubrir cómo la perdió,

pues el ejército –su verdadero protagonista–, recibe escasa atención. Ninguna, en realidad, si se exceptúan las crisis de autoridad experimentadas por el alto mando durante la cronología del estudio. No en vano subraya Vermeir en la introducción que concede "gran importancia al papel de personas y grupos sociales en el marco de los desarrollos políticos, militares, diplomáticos e institucionales que afectan a los Países Bajos meridionales" (p. 9). Y en los militares, el interés no va más allá de quienes ocupan la cúspide de la jerarquía castrense. El funcionamiento del aparato administrativo del ejército –clave para identificar factores internos susceptibles de condicionar no sólo la actuación de los cabos de guerra, sino también la eficacia y el rendimiento de la maquinaria bélica de manera determinante–, no es objeto de ningún análisis. Tampoco lo son las finanzas militares. El autor admite que los fracasos de armas guardaban estrecha relación con un presupuesto bélico insuficiente –acentuado, en ocasiones, por el desvió de fondos hacia otros teatros de operaciones–, pero no menciona cuáles eran las carencias o las debilidades estructurales de dicha maquinaria. De hecho, se limita a ofrecer datos cuantitativos: cifras tomadas de los trabajos G. Parker y M. Ebben, por lo que respecta a la aportación española; y cifras tomadas de S. Quaghebeur, J. Dhondt y Ch. Hirschauer –de los únicos estudios existentes sobre el índice de contribución fiscal registrado por tres Estados Provinciales (los de Brabante, Flandes y Artois) en el período–, por lo que respecta a las aportación de las provincias. Pero Vermeir tampoco desentraña los términos de la incesante negociación fiscal que el gobierno de Bruselas entabló con ellos antes de comenzar cada campaña. Únicamente subraya el esfuerzo financiero de los Estados, masivo en algunas (como la de 1645), e imprescindible para explicar la perdurabilidad de la guerra en los dos frentes.

El porqué de la derrota lo atribuye el autor a la falta de sensatez del equipo de gobierno madrileño, cuyas ambiciones imperiales desproporcionadas se tradujeron en objetivos militares tremendamente costosos que la economía española no fue capaz costear a largo plazo. La Monarquía de Felipe IV no estaba a la altura del desafío que ese equipo decidió afrontar y sus dirigentes nunca se rindieron ante la evidencia. En 1621, podía caber alguna duda acerca de su capacidad de soportar la carga de la guerra, pero, justo antes de 1629, ya no cabía ninguna, y Felipe IV y Olivares se negaron a aprovechar la única oportunidad que se presentó entre 1621 y 1648 para poner fin al conflicto en circunstancias relativamente favorables. Un grave error de apreciación, extensible a no pocas cuestiones de naturaleza estratégica o táctica, que se veía alimentado por la distancia. Variable ésta que obligaba a asignar un entorno político y militar idóneo a los gobernadores generales, fueran ordinarios o de sangre real, para impedirles desarrollar una política propia y divergente. Dicho entorno, se mostró completamente enfrentado, desunido y descoordinado en esta etapa. Hasta el punto de no funcionar nunca con la eficacia requerida, y si no lo hizo fue, según Vermeir, porque era la mutua desconfianza entre sus principales miembros –una desconfianza estructural alimentada por la Corona y por Olivares, cuya estrategia "consistía en dividir para imperar"–, la que otorgaba a Madrid pleno control sobre el gobierno de Bruselas. Como es lógico, la desconfianza generaba falta

de cooperación y parálisis y cuesta creer que la Corona la incentivara a propósito y se limitara luego a aplicar pequeños paliativos, de efectos casi siempre contraproducentes (pp. 329-330). Aún así, estas disfunciones estructurales que registró el supremo mando político y militar del territorio no resultaron decisivas en el curso de los acontecimientos, porque después de 1629 la guerra contra las Provincias Unidas estaba perdida de antemano y sólo estaban en juego mayores o menores pérdidas territoriales (p. 331). Con todo, el autor reconoce que, cuando las disfunciones no se manifestaban con toda su crudeza "no quedaba excluida de antemano la posibilidad de dar réplica al enemigo" (p. 330).

En la conclusión, Vermeir también se plantea por qué, en Flandes, no se cuestionó la autoridad de Felipe IV durante la década de 1640, en claro contraste con lo sucedido en otros territorios "dependientes" de su Monarquía. Y la respuesta aporta argumentos que se distancian considerablemente de los planteamientos de buena parte de la historiografía belga tradicional, que atribuye al "período español" tópicos no siempre bien rebatidos. Por ejemplo, el de que los Países Bajos fueron gobernados de modo impropio y ajeno: por "españoles" que impusieron usos y estilos de gobierno también "españoles", soportados estoicamente –en el siglo XVII, al menos–, por sus habitantes. El autor entiende que el "yugo de la dominación española" no fue tal tras el período de soberanía de los Archiduques y que los Países Bajos fueron mucho menos "españoles" de lo que dicha historiografía ha creído por varias razones. En particular, porque las élites flamencas devolvieron en forma de colaboración la gran autonomía que siempre disfrutaron; porque el gobierno de Bruselas optó siempre por fórmulas aceptadas de negociación ante las manifestaciones de descontento político, lo hiciera por sincera convicción o mera debilidad; y porque los súbditos flamencos, a través de sus influyentes asambleas de representación corporativa (los Estados Provinciales), impusieron sus propias opciones en momentos clave, mostrando con ello una constancia contributiva sorprendente. Como es lógico, la colaboración no fue incondicional y la constancia se debe atribuir, sobre todo, a un hecho incontrovertible: desde el primer momento, los Estados comulgaron con el proyecto bélico madrileño, pensando que, en la guerra –primero contra la República y después contra Francia–, Felipe IV y las provincias estaban en el mismo barco y se necesitaban mutuamente. Eso implicaba negociación continuada y las dos partes apostaron por ella enseguida, convirtiendo el consenso en el único instrumento capaz de garantizar unos fines políticos en absoluto divergentes.

Respecto a la traducción, señalar su mérito –no ha sido realizada por un hispanohablante–, pero también sus deficiencias: en ocasiones, presenta problemas de expresión y de vocabulario no subsanados en la fase de revisión. Aun así, debemos felicitarnos por tener acceso a una monografía como ésta, que permite al lector hispano acceder a una obra reciente de la actual historiografía belga vinculada a centros universitarios ubicados en la región flamenca de Bélgica.

Alicia Esteban Estríngana
Fundación Carlos de Amberes